

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 182

Parte de don José de la Cruz al virrey, de la acción en el puerto de Urepetiro

Excelentísimo señor.— Antes de amanecer salí con todo el ejército de Tlazazalca para buscar al enemigo, que tenía noticias, según había ya participado a vuestra excelencia, me esperaba en la villa de Zamora o sus inmediaciones. A las dos leguas de camino tuve aviso de que se divisaba en las alturas del puerto de Urepetiro, situación que distaba media legua corta del punto en que recibí la noticia. Como todo el ejército iba preparado a este encuentro, apenas tuve que dar otras órdenes que las de avivar un poco más el paso.

Me adelanté para reconocer la gavilla, y encontré a la vanguardia que había hecho alto en un barranco por donde corre un arroyo de bastante agua, y que es la subida del puerto. Di orden a su comandante que se dirigiese inmediatamente en busca de los rebeldes, tanto para examinar con este movimiento su verdadera posición, que ocultaba el espeso bosque que cubría todas las altura, como para principiar el ataque, cerciorado que fuese del orden en que estaban situados.

El terreno, cortado así por barrancos como por cercas, y una multitud de obstáculos que se presentaban para hacer subir rápidamente artillería a las primeras eminencias, me decidieron a que marchase sin ella el cuerpo de vanguardia. Luego que empezó a dirigirse hacia la chusma, rompió ésta su fuego de cañón con la mayor viveza, a que no quise por entonces contestar, y pareciendo al comandante de la vanguardia que el paraje por donde subía no era de fácil acceso y exponía demasiado su tropa al fuego de diecisiete piezas que coronaban la eminencia que iba a atacar, se me replegó para recibir nuevas órdenes.

Ya había el ejército ocupado entonces la margen derecha del arroyo, cuando divisé por la primera cañada que forma la subida del puerto la venida de estas tropas, y entonces

destaqué al batallón real de marina al mando de don Pedro Micheo, con dos piezas de artillería a las del alférez de fragata don Francisco Sevilla, para que tomando por la izquierda y por la falda de una elevadísima montaña se situasen por esta única dirección que había sobre el centro de la primera altura de la posición que tenía al frente, y que era intermedia entre ésta y la de los rebeldes, de muy difícil paso, así por la subida muy pedregosa y pendiente, como por la espesa arboleda que la cubría. Todos estos obstáculos fueron superados, y este bizarro batallón se colocó en el paraje señalado con las dos piezas que cubría. Ínterin se verificaba este movimiento destaqué dos compañías de Toluca a tomar la derecha de esta altura, en que no había aún enemigos, lo que verificaron inmediatamente. Los rebeldes hacían mucho fuego sobre estas tropas, y a que contestaron las dos piezas de Sevilla situadas sobre la izquierda de esta altura, en el momento que llegaran a ponerse en posición.

Creyó sin duda el enemigo que el movimiento retrógrado de la vanguardia era huirle, y presentó mucha parte de sus fuerzas por la derecha y al frente de las seis piezas de artillería restantes del ejército que mandé situar en el paraje más ventajoso que ofrecía el pie del puerto en que me hallaba. Descubierta que fue su número, todo cuanto proporcionaba el terreno cubierto de árboles, bajos y piedras, y luego que adelantaron doce o quince piezas y empezaron a hacer fuego sobre la posición que ocupaba el ejército, se rompió el fuego por nuestra parte con tanto acierto, que se detuvo el suyo y contuvo el movimiento de adelantarse, que parecía querían hacer sobre la derecha. Entretanto se presentaron también en un número considerable por la izquierda, a donde colocaron cinco piezas, en cuyo caso me dejaron ver bien su posición, que era todo lo que deseaba.

Mande inmediatamente a mi cuartelmaestre el teniente de navío don Pedro Celestino Negrete, que con el batallón real de marina que cubría las dos piezas avanzadas y

tres compañías del primer batallón del de Toluca, que fue a cargo de su sargento mayor don Juan Felipe de Alba, atacase la batería y posición de la izquierda, y luego que advertí su proximidad al punto referido hice salir un cuerpo de dragones al mando del teniente coronel don Francisco Rodríguez, y tres compañías del provincial de Puebla al del teniente de navío don Bernardo de Salas para que atacasen las baterías y cuerpo insurgente de la derecha. Negrete, con las valientes tropas que dirigía, no rompió el fuego hasta que llegaron a tiro de pistola de los puestos que iba a arrollar, y saltando cercas y penetrando con desprecio del fuego continuo de fusil y cañón que hacían los rebeldes, un monte espesísimo y lleno de árboles espinosos, atacó bizarramente la gavilla reunida, no habiendo hecho más que la primera descarga e ídose a la bayoneta, y sin darla lugar a que cargara de nuevo sus piezas, la destrozó completamente, tomándole cinco piezas y matando a bayonetazos cuanta canalla encontró. Para dar a vuestra excelencia una idea más completa de la rapidez con que se hizo este ataque, traslado las expresiones enérgicas con que me lo detalla en el parte que me ha pasado.

Mis tropas despreciaron el fuego de las piezas enemigas durante la subida al cerro, hasta que a tiro de pistola de los primeros cañones les mandé romper el fuego. A esta distancia y al abrigo de una cerca que felizmente cruzaba el monte, rectifiqué la batalla según lo permitió el escabroso terreno. Desembarazarse de un cañón situado perfectamente a la parte inferior de la tapia, y otra porción de infantería y caballería que la custodiaba, saltar aquella, subir, tomar los demás cañones a la bayoneta y destrozarse toda la división enemiga que se sostuvo con firmeza, hasta que se rindió el de la bandera, fue obra tan valiente y rápida, que llena de honor a dichas tropas y sus jefes.

Mientras Negrete batía y arrollaba cuanto se oponía a su paso, y perseguía los restos de la chusma fugitiva, el teniente coronel don Francisco Rodríguez sostenido de la

infantería que mandaba el capitán don Bernardo de Salas, llega a tiro de cañón de las baterías de la derecha; recibe con sangre fría los primeros tiros, y carga al galope el grueso de insurgentes de infantería y caballería que las defendían; recibe de nuevo a veinte o treinta pasos otra descarga a metralla; pero nada contiene su impetuosidad y arrojo, penetrando por consiguiente por en medio de la canalla; sembrando de cadáveres el terreno que cubría, y poniéndola en fuga desordenada, que se dispersó por entre las cercas y espesos matorrales de que está cubierto aquel pedregosísimo sitio. Dividió entonces sus fuerzas; dejó una buena partida escoltando los veintidós cañones de que se apoderó, y cuyos artilleros que los servían quedaron todos muertos, y despachó lo restante de sus fuerzas para acuchillar a los rebeldes que huían, cuya comisión desempeñaron con bizarría, según el grande número de cadáveres que dejaron, hasta el sitio donde recibieron orden de suspender el alcance.

Las dos piezas de artillería que hice salir a cargo del alférez de fragata don Francisco Sevilla, protegiendo con sus acertados y bien sostenidos fuegos el ataque de la izquierda, y las seis piezas restantes, colocadas en lo bajo del puerto, al mando del teniente de navío don Miguel Soto, comandante de toda la artillería del ejército, sostenían no sólo el referido ataque, sino el de la ermita; pues su situación proporcionaba atender varios puntos. La actividad de Soto, su celo e incesante cuidado para la buena dirección de los tiros, su serenidad y el cuidado con que estaba para contener las masas rebeldes que ya adelantaban por el frente, ya sobre ambos costados, es superior a todo elogio, y digna de consiguiente de la estimación general.

Antes que los cuerpos que despaché a atacar las posiciones de la derecha e izquierda hubieran empezado su carga, recibí aviso de que un considerable número de insurgentes se dejaba venir por los cerros de la espalda, aunque no habían empezado a descender. En la

posición en que me hallaba no era noticia indiferente. Envío inmediatamente a mi segundo el señor coronel don Rosendo Porlier, con un cuerpo de tropas de infantería y caballería a atacarlos, y salió este jefe gozosísimo a escarmentar a la chusma rebelde. Partir estas tropas con paso apresurado en su busca, y desaparecer la canalla que se advertía, fue obra de un instante; todo estaba decidiéndose en un mismo momento; la izquierda, la derecha y la retaguardia, y después de una hora y media de fuego por los enemigos, quedó todo el campo por nuestras tropas, toda su artillería en número de veintisiete piezas en nuestro poder; todas sus municiones, muchas armas, y lleno todo el camino hasta Zamora de los despojos que siguen siempre a una completa derrota. Los enemigos habrán tenido de quinientos a seiscientos muertos, que dispuse viniesen a enterrar al pueblo de Tlazazalca y mi pérdida consiste en un soldado muerto del batallón real de marina, otro ídem del de Toluca, y un herido también de Marina.

Todos los jefes, oficiales y tropa se han portado con serenidad y bizarría en su colocación respectiva, y se han cubierto de gloria; pero me veo precisado por honor a la justicia, a recomendar a vuestra excelencia a mi segundo el señor coronel don Rosendo Porlier, de cuyo benemérito jefe he recibido pruebas nada equívocas de su valor, serenidad e inteligencia; al teniente coronel de dragones de España don Francisco Rodríguez, que heroicamente y a la cabeza del cuerpo de dragones que mandaba, atacó toda la reunión rebelde de la derecha; al teniente de navío don Pedro Celestino Negrete, que dirigiendo el ataque con una ejemplar serenidad, condujo las tropas a la victoria con tanto acierto; al sargento mayor de Toluca don Juan Felipe de Alba, que mandaba las tres compañías de su batallón; al teniente de navío don Bernardo de Salas, a cuyas órdenes puse el batallón de Puebla, y cuyo bizarro oficial hizo con este batallón una marcha tan rápida para caer sobre las baterías enemigas, que casi llegó en batalla al propio tiempo que la caballería de

Rodríguez; al comandante de la artillería don Miguel de Soto, por la bizarría, valor y demás cualidades que he referido; al alférez de fragata don Francisco de Sevilla, que mandó las dos piezas avanzadas, y que con sus bien sostenidos fuegos causó tanto daño al enemigo; al alférez de navío don Pedro Micheco, y a los de fragata don Alonso Butrón, don José Mozo y don Manuel Arechavala, por su firmeza y valor en el ataque, con la circunstancia de que el último, Arechavala, hallándose enfermo y casi sin poder andar, no sólo asistió a su puesto, sino que continuó a pie persiguiendo al enemigo las cuatro leguas que hay hasta Zamora, como todos los demás; al teniente de navío don Rafael Luna, que se distinguió también en las partidas avanzadas, y es muy digno de toda recomendación por su buena conducta militar. A los capitanes de Toluca don Ángel Casaval, y don Joaquín Mondragón; al ayudante don Joaquín Loaiza; a los tenientes don Francisco Amat, don José de Tejada, don Luis Aguirre y don Joaquín Suárez, y los subtenientes don José Taboada y don Manuel Capetillo; al teniente del real cuerpo de artillería don José Palao, que durante la acción sirvió con mucho celo y honor; al sargento mayor de dragones de Pátzcuaro don Rafael Ortega, que habiéndoseme presentado en Valladolid, deseaba ocasiones de acreditar su valor y patriotismo, como lo ha ejecutado; a los capitanes de Querétaro don Ángel Linares y don Luis Quintanar; a los tenientes de dragones de España don José Villamil y don Ignacio Millán; al de dragones de México don José Mantilla; teniente de Querétaro don Manuel Peñúñuri; teniente de Puebla don Pedro de la Rosa, y los aféreces de México y Querétaro don Miguel Malo y don Joaquín Ormaechea; siendo también acreedor a que se le dispense la nota que contrajo don José de Canto en los principios de la insurrección, pues habiéndoseme presentado a gozar de indulto en Valladolid, ha servido de soldado distinguido en la acción, y se batió con honor, por lo que lo considero acreedor a que obtenga su anterior empleo de teniente de dragones de Pátzcuaro.

El teniente coronel comandante del regimiento de Toluca, don Ignacio García Illueca estuvo sosteniendo con tres compañías del segundo batallón las seis piezas de artillería.

Mis ayudantes de campo don Juan López Guardiaelmuro, el alférez de navío don Manuel González de la Vega, el teniente don Manuel Gutiérrez de los Ríos, el alférez don Basilio Rodríguez y el subteniente don Narciso Sort llevaron mis órdenes con prontitud con desprecio del fuego enemigo y con mucho valor y serenidad, habiéndose adelantado González por el centro con ciento cincuenta hombres, a sostener un puesto y contenido al enemigo. El ayudante de campo del señor don Rosendo Porlier, don José María Veitia, de dragones de España, no sólo se distinguió llevando las órdenes de su jefe, sino que comunicaba igualmente las mías a todos los parajes de mayor riesgo, con valor y serenidad. El voluntario distinguido don Julián Yúdice, que sirve por honor y a sus expensas, ha dado pruebas nada equívocas de su adhesión a la justa causa, y del verdadero espíritu que le anima en el valor y serenidad que manifestó. El señor cura de Tula, don José María Olloqui, que sigue mi ejército desde el 18 de noviembre, subió con serenidad al punto del ataque, y dio los auxilios espirituales a los moribundos con mucha serenidad y cristiano celo.

El batallón real de marina tomó la bandera enemiga, y no pueden señalarse los individuos que rindieron al capitán que la conducía, porque casi fueron todos a un mismo tiempo y en el mismo que cayeron sobre él y los cañones; el sargento primero de Toluca Miguel de Castro sobresalió en la acción a la cabeza de su compañía; los sargentos de dragones de España Joaquín Redondas, Lorenzo López y Miguel Pedrosa, y los dragones José Ramírez, del mismo cuerpo, y José Padilla, del de Querétaro, por haberse arrojado con extraordinaria gallardía sobre la artillería enemiga. También merece muy particular

recomendación el cadete don Bernardo Miramón, de dragones de México, a quien habiéndole muerto su caballo de una bala de cañón, tomó otro a un dragón con mucha serenidad, y continuó el ataque. Finalmente, todos a porfía se han distinguido y han dejado bien puesto el honor de las armas del rey.

En el número de rebeldes varían las noticias, pues como se aumentan en cada pueblo, no hay quien de razones exactas; pero según lo que se pudo observar, no pasarían de diez a doce mil.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Zamora, 14 de enero de 1811.—
Excelentísimo señor.— *José de la Cruz*.— Excelentísimo señor virrey don Francisco Javier Venegas.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602